

CAPITULO XXV.

SUMARIO.

Exámen del magnetismo puesto en accion.—Supuestas virtudes de ese fluido.—La manera con que, se dice, obra y las condiciones bajo que, se supone, desarrolla su poder, convencen su no existencia.—Todo agente de la naturaleza, con excepcion del alma humana que es libre, obra siempre del mismo modo é invariablemente, dadas las condiciones necesarias.—Confirma este principio lo que se observa en la luz.—Leyes que esta sigue al reflejarse y propagarse.—Son invariables y necesarias.—Igual cosa sucede con el calor, la electricidad etc.—La misma necesidad preside las operaciones de los agentes incorpóreos.—El castor, la golondrina, la abeja.—Debia suceder lo mismo con el magnetismo, á ser cierta su existencia y ciertas las operaciones que se le atribuyen.—¿Por qué?—Notables palabras de M. Figuiér á este respecto.—Consecuencias que se infieren.—No hay proporcionalidad en él, como causa, y los efectos que se le atribuyen.—Se recuerda la manera como se explica la accion del magnetismo, al producir los fenómenos.—Todo ello es fácil de decirse, pero no de sostener un exámen.—Razones que justifican esta asercion.—La eficacia de su accion se hace depender de la *voluntad* y de la *creencia* del magnetizador y del magnetizado.—Aforismo del M. de Puysegur.—Su falsedad bajo ese respecto.—Su verdad bajo otros que se desconocen.

Examinemos ahora el magnetismo humano en accion, es decir, obrando, saliendo de su inercia habitual ó de naturaleza al impulso superior de la voluntad, que encuentra en él el instrumento

más enérgico y poderoso; más poderoso, sin duda, que todos los sentidos del cuerpo, y más poderoso que todas las potencias del alma, si es que las obras son la medida del poder, como realmente lo son.

Bajo este respecto mirado el magnetismo, es una materia dispuesta, que al fuerte impulso de la voluntad toma todas las formas, es como de caleidoscopio que con la rapidez de sus movimientos y en las múltiples reflexiones de sus paredes angulares, ofrece á la vista una variedad infinita de contornos y de figuras, de matices y de colores.

Difícilmente se concibe que haya un agente físico dotado de tantas virtudes como las que se atribuyen al fluido zoo-magnético. Cuando Idjiez, remontándose en alas de su entusiasmo por el magnetismo, del absurdo filosófico á la blasfemia religiosa, escribió, primero, *el magnetismo es lo blanco y lo negro, la materia y el movimiento;* y despues, *el magnetismo es Dios; la Eucaristía es el fluido vital impanado,* (1) expresó, sin pensarlo

1 Dissertation Historique et scientifique sur la Trinité égyptienne

ni sospecharlo siquiera, una verdad en el lenguaje del error, é hizo una quimera de lo que juzgaba divinidad; porque en realidad, cuando quiso significar que el magnetismo era todo, significó que era nada.

Su nada, en efecto, se palpa, si visto como un agente de la naturaleza, se examina la manera en que obra y las condiciones bajo que desarrolla su poder, según lo suponen sus partidarios.

En la naturaleza no hay agente, ni material, ni incorpóreo, salvo el alma humana que está dotada de inteligencia y libertad, que no obre siempre del mismo modo, ya en el principio, ya en el medio, ya en el fin de su acción, y que no desarrolle su poder invariablemente, dadas las condiciones necesarias para su desarrollo.

La luz se refleja siempre en todas las superficies, sin que falle nunca la ecuación formada por sus ángulos de reflexión y de incidencia; y según es la dirección en que cae sobre los cuerpos diáfanos, y la mayor ó menor densidad de sus masas, se aproxima ó se aleja de la normal correspondiente; su propagación es siempre en línea recta, cualesquiera que sean las circunstancias del medio que atraviesa; y su intensidad guarda en todas ocasiones proporción con las

distancias á que se encuentra el foco y el objeto iluminado.

Igual necesidad preside las operaciones de los otros fluidos, del calórico, de la electricidad y del magnetismo mineral.

Respecto de los agentes incorpóreos se advierte la misma uniformidad en el obrar; la monotonía, permítasenos la frase, les es esencial. Así, el agente incorpóreo que preside los movimientos de los animales, siempre les sugiere los mismos apetitos; y la conducta de aquellos en todos los casos es igual en cada sér de la misma especie. El castor construye hace 60 siglos, año por año sus diques para guarecerse de las avenidas de los ríos, sin que nunca adelante ni retroceda: la golondrina que inmigró de las tierras africanas á las septentrionales de América, cuando Huitzilopoztli era en estas regiones adorado, no sabe ahora más que lo que entonces sabía en cuanto al arte de formar su nido; ni las abejas en cuanto al de ordenar y henchir de suave y dulce miel los alveolos de sus panales; ni la hormiga en cuanto á la distribución económica de sus trabajos y al abundante abastecimiento de sus graneros.

La acción, pues, de los agentes físicos ó incorpóreos de la naturaleza, con excepción del

hombre, es fatal y necesaria; su poder es algo, si se halla encadenado; nada, si libre.

Si el magnetismo humano es un agente del uno ó del otro género, ó de ambos á la vez, no hay razon porque su accion en el mundo, deje de ser como la de sus semejantes, ni motivo porque su poder se desarrolle en otra suerte. ¿Qué podria justificar la excepcion hecha en su favor? ¿Qué fuerza bastaria á legitimar tan desmedido privilegio? ¿La naturaleza? Pero si la misma naturaleza es regida por leyes necesarias y obedece ciega los impulsos que se le comunican. ¿El Autor de la naturaleza? Pero entónces la accion seria divina, no magnética; el poder seria prestado, y no propio. Y hé aquí convertido el magnetismo, de agente en un instrumento como otro cualquiera.

Pero hagamos á un lado nuestras propias reflexiones, dejemos oír la voz de la ciencia interpretada en esta vez, como siempre que no se interpone alguna preocupacion, con grande fidelidad por el despejado talento de M. Figuiet. “Un agente cualquiera de la naturaleza, dice, está dotado de propiedades constantes que no cambian, sino en una corta medida á virtud de las circunstancias exteriores. Por el contrario, el fluido de los magnetizadores es un Proteo de

mil caras, cuyas propiedades varian sin cesar y que produce los efectos más irregulares, segun a voluntad ó el capricho de quien lo emite. ¿Quiere el magnetizador hacer insensible á alguno? Derrama sobre él inmediatamente su fluido. ¿Quiere hacer entrar en calor un enfermo? El fluido. ¿Quiere refrescarle? El fluido. ¿Quiere curarle un dolor de cabeza ó causarle una jaqueca? El fluido. ¿Quiere inspirarle los más contrarios sentimientos, curarle de enfermedades las mas extravagantes en su causa, quiere infundir el sueño? El fluido y siempre el fluido. El agua magnetizada, es decir, cargada del soñado fluido magnético, es literalmente un remedio para todos los males; ella puede purgar ó constipar; fortalecer y debilitar, acelerar ó hacer mas lenta la circulacion de la sangre, enflaquecer ó engordar; es el remedio de Fontanarosa. De buena fé, tal versatilidad en las dotes naturales de un agente, ¿no bastaria para hacer dudar á cualquiera acerca de su existencia?”

De estas observaciones basadas en los hechos mas averiguados, se infiere: 1.º que no siendo verosímil ni uniforme la manera de obrar del magnetismo, no puede ser, real ni por lo mismo verdadera su accion, y 2.º que no hay propor-

cion entre los efectos que tienen lugar y la causa que se les asigna; pues lo pequeño no puede dar el sér á lo grande, ni lo grande á lo mayor, ni lo mayor á lo máximo. Faltando la proporcionalidad, que es por decirlo así, el sello aparente de la causalidad, lo que se dice efecto, lo será sin duda, porque forzosamente tuvo que ser producido; pero no lo será de aquella causa que se presume conocer y á la cual no le une ninguna relacion, sino de otra desconocida ó en la que no se ha reparado.

Ya vimos, al exponer la hipótesis que refutamos, la manera en que se explica la parte, llamémosla mecánica de su accion, sabemos que se supone que el cerebro es el gran receptáculo de ese fluido que no se agota, sino que se elabora tanto más cuanto más se gasta, y que conducido por los cordones nerviosos, del cerebro se extiende á toda la periferia del cuerpo, de donde se lanza á los espacios, rompiendo el valladar que aquella opone á su paso y se comunica de esta suerte con los objetos físicos exteriores que pone en movimiento, y con las mismas inteligencias cuyos pensamientos y voliciones descubre al magnetizador.

Todo esto es fácil de decirse, pero no de sostener un exámen de la ciencia ni del simple sen-

tido comun. Está bien que del cerebro se difunda hasta las mas remotas extremidades del cuerpo el prodigioso fluido; existe, en efecto, un vehículo, los cordones nerviosos. Pero estos tienen un límite, y muy cercano. Una vez que le ha tocado, que será pronto, supuesta la velocidad con que se trasporta ¿qué senda tomará? ¿Por qué medio se comunicará? Y dado que se halle senda y encuentre medio de comunicacion, ¿cómo conservará la direccion que ha recibido ó seguirá otra nueva para ir á mover este objeto con preferencia á aquel otro, para ponerse en contacto con esta inteligencia mejor que con la otra que se encuentra en un punto del espacio, que se ignora? Estas dificultades ó imposibilidades podrian allanarse, suponiendo que el magnetismo, al desprenderse del cuerpo humano, arrastra en su carrera la inteligencia del hombre que la emite, para poder conocer los varios objetos con que va tropezando, y la voluntad del mismo para elegir entre ellos aquel en que se propone ejercitar su actividad; ó bien pasar por el disparate de que el fluido nervioso es libre é inteligente, mas libre é inteligente que el alma.

Hay mas; si el hombre, por medio del magnetismo cura, por ejemplo, las enfermedades de

sus semejantes y las conoce y las toca y las analiza, ¿cómo se muestra impotente para curarse á sí propio y no es capaz de adivinar uno solo de los dolores que turban el equilibrio de su cuerpo? Si logra que un niño se exprese como sábio y se dé á entender en idiomas desconocidos, ¿cómo él aparece tan ignorante, y apenas alcanza á hacerse comprender en el lenguaje que aprendiera de sus padres? Si puede dar la vista á distancias inmensas y apoderarse del porvenir, ¿cómo no ve lo que tiene delante de sus ojos, y se esfuerza en vano por darse cuenta de los misterios del presente? En suma, ¿cómo es que pudiendo tanto, nada puede en realidad? Por esto, sin duda, desde el principio se ha querido sacar el magnetismo de la esfera meramente material, y ponerlo en relacion con la parte mas noble y superior del hombre.

Su eficacia de accion se hace depender, en efecto, de la voluntad que quiere y del entendimiento que cree con firmeza obtener el resultado. Estas son las condiciones bajo las cuales, se dice, desarrolla su poder. *Querer y creer*; no se necesita de otra cosa más para producir la gran muchedumbre de maravillas, desde el simple movimiento mécanico giratorio de una mesilla,

hasta el golpeo inteligente é inexplicable de todos y de cada uno de sus piés.

De paso haremos aquí una reflexion que nos sugiere la historia del magnetismo. Mesmer consideraba ó aparentaba considerar los fenómenos magnéticos como fenómenos meramente físicos y fisiológicos. Puysegur, poniéndoles por base la voluntad y la creencia y por objeto el bien:

Volonté active vers le bien:

Croyance ferme en sa puissance,

Confiance entiere en l'employant:

los trasportó al terreno de la psicología y de la ética. Allan Kardec y Flammarión con todos los modernos espiritistas han formado de ellos un culto, cuando para obtenerlos se sirven de la oracion y se acojen á las preces.

Hé aquí, pues, un ascenso que nada tiene de regular y que debe preocupar los entendimientos reflexivos. Para nosotros la física y la fisiología de Mesmer no se distinguen de la antigua magia negra; la psicología y la ética de Puysegur se confunden con la moral del sensualismo; y el culto de los espiritistas con la religion de la materia, con el politeismo y el panteísmo paganos. Fenómenos, que sufren seme-

jantes trasformaciones, todo podrán formar, ménos una ciencia de las llamadas naturales.

Si *querer* y *creer* es la condicion *sine qua non* de la produccion de los fenómenos, no es sostenible en buena filosofía que sea el magnetismo su causa.

Si *queriendo* y *creyendo* se producen, y el magnetismo no es su causa, todos los hombres pueden *querer* y *creer*; y por lo mismo no habria uno solo por quien no pudieran ser producidos, y hay muchos, nada ménos que el mayor número, que no los produce, por más enérgica que sea su *voluntad* y firme su *creencia*.

Pero remontémonos un poco más. ¿El magnetizador sabe qué fenómenos van á realizarse bajo su influencia medianímica? ¿Sabe cuando *quiere* magnetizar y *cree* que magnetizará, si hará girar una mesa, temblar el pavimento, saltar un velador, modular un canto, entonar una sinfonía, encender ó apagar una antorcha, formar una tempestad, un relámpago ó un trueno, soplar una brisa refrigerante ó un viento impetuoso, penetrar los pensamientos, revistar los sucesos del pasado y contar la série y órden de los que se realizarán en lo porvenir?

Es preciso fijar este punto; pues si lo sabe, lo podrá *querer* y le será fácil y hacedero *creer*,

siendo imposible que *quiera* lo que ignora, y que *crea* aquello de que no tiene la menor idea.

Si nada sabe de lo que va á producir, nada puede *querer* ni *creer*; y falta la condicion determinativa del fenómeno. De suerte que se encontraria envuelto en un inmenso círculo vicioso de que en vano se esforzaria en salir, pues, para que se realice lo que ignora, le es menester *querer* y *creer*, y para *querer* y *creer*, le es indispensable no ignorar.

Si sabe el fenómeno, la magnetizacion es inútil y el fluido sobra, una vez que nada nuevo va á revelar al magnetizador, que lo sabe ya todo de antemano.

Otro absurdo hay que admitir, si nos conformamos con semejante supuesto: el hombre es omnipotente, pues la omnipotencia es la ecuacion entre la voluntad y el poder: hasta ahora no se le ha considerado tal, porque hasta ahora quererlo todo no ha significado poderlo todo. Pero desde el instante en que,

Quererlo todo = *Poderlo todo*;

Poderlo todo = *Omnipotencia*,

no debe negarse tan alta prerogativa al sér cuya voluntad no conoce límites. Tendriamos, pues

tantos omnipotentes como son los hombres. La magestad estaria mejor representada en un harapo que en un pedazo de púrpura, por un cetro de caña que por uno de oro.

Por otra parte, la historia protesta contra tan imaginaria suposicion; con la muda elocuencia de los hechos nos está indicando que debemos independer los fenómenos de la voluntad y de la inteligencia; ella, que nunca se preocupa ni se altera, da testimonio de que los fenómenos se realizan á pesar de la inclinacion y de la conciencia de aquel que parece ser causa de todos. Consultemos siquiera dos de sus páginas. Puysegur, despues de haber magnetizado el olmo de Busancy, se sorprendia de que diariamente se le venian á relatar innumerables curaciones y casos de clara vision y de vista á distancia en las personas que acudian en multitud á la sombra de su árbol magnetizado. El árbol, pues, obraba lo mismo que Puysegur; y sin embargo, el árbol carecia de inteligencia y voluntad, á no ser que se suponga que, al comunicarse el fluido magnético, la inteligencia y voluntad del Marques magnetizador, pasaban tambien al olmo maravilloso. Pero si aquello puede suponerse, no cabe imaginarse lo segundo.

Durante el periodo de un año en que Home

tuvo suspendido su poder, no faltaron quienes le excitasen á dar una muestra de su renombrada habilidad. Muchas veces tuvo voluntad de producir algunos de los fenómenos que solia; se encerraba dentro de sí mismo enardeciendo su fé, por medio de actos explícitos y formales; y todo fué inútil hasta el instante en que le cegó la soberbia, revelándose contra los saludables consejos del director que eligió cuando se convirtió al catolicismo.

La *voluntad* y la *creencia* no son, no pueden ser las condiciones que hagan del magnetismo animal un agente tan extraordinario y de tan alto poder, que cuando se pone en movimiento, poco valen comparados con él los sentidos del cuerpo, y nada significan las potencias del alma, á pesar de que los primeros sean los instrumentos mas delicados puestos á las órdenes de la inteligencia, y en las segundas esté circunscrito el espacioso círculo de la actividad del humano espíritu.

Pero como no hay error que no descansa en una verdad ó la suponga, de la misma manera que no hay defecto sino en los seres dotados de alguna perfeccion, nosotros creemos ser cierto que, para la produccion de los fenómenos espiritistas, son precisas en el medio á cuyo influjo se producen, la voluntad por una parte y la